

MI BARRIO (por M. M.)

Mi barrio por así llamarlo tiene variedades de casas, las hay para todos los gustos. La mayoría de sus calles son muy angostas tanto que sólo pasan personas caminando, a estas se las conoce con el nombre de pasillos. Las casas desde muy humildes, hasta las más distinguidas de dos, tres o cuatro pisos. Todos muy cerca unos de otros, tanto que podría afirmar con seguridad que se escucha con total claridad lo que los vecinos hablan dentro de las mismas.

Su gente es en su mayoría son de origen paraguayo. Hay de todo, toda clase de vecinos, a muchos se los distingue diciéndoles: ahí va el tranza, ese que va en la moto es el mula. Mirá, mirá aquel de la 4 x 4 es el narco puntero, en fin... Estos son los que yo denomino mata chicos.

Los vendedores se disponen a lo largo de los pasillos, uno, dos, tres por cuadra. Vendiendo toda clase de sustancias. Para disimular la venta de drogas algunos ponen un kiosco, otros compran metales o chatarra pero en realidad es la droga la única mercancía que va y viene.

Hoy 2008 veo chicos de diez y once años hasta de ocho años, muertos en vida, deambulando sin rumbo por la vida. Les pegan los lastiman, nadie los quiere y una gran parte de la población se preocupan pero no se ocupan. En cambio hay otra parte, como los curas de la Capilla Caacupé, que son de los que mueven cielo y tierra y que se ocupan y cargan la crisis al hombro. Crisis que atrapa a quien se cruce.

Igualmente en mi barrio hay muchas cosas para destacar: familias de las más humildes que poco a poco construyeron su casa, trabajando dignamente. Para las fechas importantes, navidad, año nuevo, la gente festeja. Todos se juntan y bailan en la calle, contentos, sonriendo. El día de la virgen de Caacupé, por ejemplo, el barrio entero está de fiesta. Los vecinos de cada pasillo se reúnen y adornan las calles con lo que tienen. En la peregrinación la virgen pasa por todos lados, ningún pasillos queda sin recorrer. Esta es una fiesta muy emotiva que une a todo el barrio.

Yo me siento muy feliz de estar en el barrio. Veo todo lo que antes no veía, y lo más importante, puedo aportar mi ayuda, mi tiempo, mi amor y mi fe. Y demostrar por sobre todas las cosas que un adicto también tiene derecho a un plato de comida, a que alguien que le muestre que es posible desatar los lazos que te atan al consumo.

Desde una esquina veo ir y venir a mucha gente, esa es la calle principal de mi barrio. Estas calles se llenan de vida cuando sale el sol, pero sin embargo, siguen habiendo muchos rincones nublados... y ahí veo a los pibes tirados a los costados de la calle, quebrados por el cansancio de la adicción, veo rostros con dolor, deambulando en busca de esa droga que no los deja reaccionar.

Miro hacia el otro lado, todavía siguen los volquetes en la misma posición que cuando me fui a internar en una comunidad terapéutica. Aquel sujeto de pelo semi largo, morocho, con gorro de boca limpiando lo que va a comer... Siempre está ahí, buscando entre la basura lo que le va a dar de comer a sus hijos. Recuerdo que el 30/1/2007 cuando me fui a internar él estaba ahí y cuando volví el 6/3/2008 él seguía en el mismo lugar, como si el tiempo no hubiera pasado.

Camino por el barrio y nada cambió, todo sigue igual o peor, si peor, la droga atrapa cada vez más fuerte a los pibes. Entre tanta miseria hay cosas que me alegran, dos amigas que también salieron, al igual que yo, de la adicción y una de ellas ahora va a ser mamá.

Camino, miro hacia la capilla, casi llegando al mastil un grupo de pibes, que dicen ser los más jodidos del barrio, siempre se juntan ahí. Yo paso todos los días, los miro y me da pena porque se creen grandes y son insignificantes. En la mano de enfrente los pibes chorros, los que le sacan el paco a los pibitos que cirujean, estos sí que están mal aunque se vista bien.

Llego a mi destino, mi trabajo es un lugar familiar en el cual aparte de trabajar todo se hace con amor. Ahí me encontré con un chiquito que me hizo mucho ruido su historia, hablé un rato con él y vi algo en su mirada, aunque no se quiera dejar ayudar y reniegue del afecto, yo lo voy a intentar, voy a tratar de ayudarlo hasta donde se deje querer.

Siempre paso por el mismo lugar y nada tiene miras de cambiar. Sin embargo, me doy cuenta que la que cambió fui yo. Lo que sigue igual es el barrio. Mi fe está inquebrantable, por eso cada vez que doy un paso por Osvaldo Cruz en la villa 21 tengo la esperanza que de a poco todo va a cambiar, así como cambié yo.

Llega la noche, llueven las balas. Escucho desde el comedor de mi casa los disparos, a veces caen sobre el techo los pitutos de las balas. Hay que pensarla antes de salir. En la calle te pueden matar, o robar para comprar la droga que te hace volar en un mundo que se dice no sufrir.

El barrio también festeja. Muchas veces se escucha música, polka paraguaya, todo es bueno para festejar. Cerveza, baile y gritos inundan las calles y pasillos. Hacia el lado del Riachuelo, costeando la vía del tren, la cosa se pone pesada.

Esto es así todos los días, cuando uno camina por estos lugares el dolor y la tristeza se percibe en el aire. Corre mucha miseria entre los pasillos de mi barrio, ahí se alojan los chicos que ya no tienen (o nunca tuvieron) a alguien que los contenga. Sus rostros están negros, sus cabellos sucios y enredados. Me da mucha pena, la gente los discrimina y si esto no cambian seguirán siendo los presos de los tranzas del barrio.